

LA PROTESTA

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración: PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

Sumario de este número

Redacción: "En Ushuaia todo va bien".

E. López Arango: "Capitalismo y estatismo".

Hans Paasche: "El viaje de investigación del africano Lukanga Mukara en Alemania".

A. France: "El hombre prehistórico".

Agustín Souchy: "Gustav Landauer, el filósofo de la revolución". (Continuación).

At.: Exposición Bagaría (Los A. del Arte).

Vinicio Paladini: "Necesidades espirituales".

Bibliografía.
Encuesta del grupo "Los Iconoclastas" de Steubenville, Ohio.
Respuesta de M. Nettlau y M. Buenacasa.

Rudolf Rocker: "De la maldición del practicismo".

En Ushuaia todo va bien

No hace mucho circularon por la prensa telegramas de Tierra del Fuego, anunciando la situación trágica de los penados, semi-desnudos, sin alimentación y en una temperatura de 20 grados bajo cero. Cuando la prensa burguesa ha recibido esos telegramas, hay que suponer que la situación era más terrible aún.

Poco antes habían estado en el presidio en visita de inspección, el ministro de Justicia acompañado de un médico, Parides Pietranera, y del director de la penitenciaría nacional, Eusebio Gómez. Estos últimos señores han escrito un informe, en calidad de peritos en la materia, dando su opinión sobre las condiciones del presidio.

Según la opinión de esos peritos, la ubicación del presidio no deja nada que desear; el clima es sano y benigno; el único defecto que tendría es la distancia de la capital de la isla, lo cual impide un control estricto de la gestión de los funcionarios y demás.

Transcribamos algunos párrafos del informe a que nos referimos:

"...Ante todo es conveniente dejar constancia de que las condiciones de salud de la población penal, son buenas en general y el número de enfermos no excede del que proporcionalmente existe en cualquier establecimiento similar"...

"...La higiene se observa con una esmerulosa dignidad de encomio y hemos podido comprobar que la alimentación suministrada a los penados es excelente, por sus condiciones nutritivas y porque los elementos que se emplean permiten una relativa variedad, respondiendo así a las exigencias de todo buen régimen dietético. Pensamos a este propósito — y con ello está de acuerdo el director de la cárcel — que no es necesario, entonces, modificar el tipo de racionamiento. Abonan este aserto las condiciones de salud en que se encuentran los reclusos y el peso de los mismos, que no sufre disminución, sino que, por el contrario, aumenta en la generalidad de los casos"...

"...No podemos dar término a esta sucinta información sin aludir a los té-

En resumen, que falta poco como para imitar a los bolchevistas cuando nuestra campaña internacional contra las prisiones en las islas de Solovetzki les obligó a salir de su mutismo, dando a la circulación fotografías de un lugar cualquiera de recreo y pintando las islas polares como uno de los lugares más deliciosos de Rusia. A esas estúpidas exageraciones hemos respondido con una carejada unánime por la ocurrencia pueril de los burócratas rojos. Pero el informe del director de la penitenciaría nacional sobre Ushuaia está lejos de provocar la risa; al contrario, nos indigna la impudencia con que se miente sobre la situación de un presidio sobradamente conocido y que es uno de los símbolos más trágicos del penalismo en América.

de las condiciones previas para toda labor científica o de experimentación es un sentimiento de veracidad y ciertas dotes para la observación. Ni una cosa ni otra parecen ser peculiares al señor Eusebio Gómez, a juzgar por el informe sobre las condiciones de Ushuaia.

Sin embargo, el informe mismo nos hace entrever que no todo es de color de rosa y que la población penal no debe considerarse allí en el mejor de los mundos.

Leamos algunos párrafos:

"...Las condiciones sanitarias de la cárcel son susceptibles de mejoras, algunas de las cuales deben ser introducidas urgentemente", "...cabe señalar la necesidad urgente de construir una enfermería. V. E. pudo comprenderse de ella por su observación personal. Al presente, a los fines a que está destinada una enfermería, se ha habilitado un local absolutamente inadecuado, en el extremo de uno de los pabellones y cuya ubicación es similar a la del consultorio para examen de los enfermos que no requieren ser hospitalizados". "...La cocina del establecimiento requiere reparaciones que, sin ser de carácter urgente, convendría, para asegurar mejor la higiene, proceder a ellas tan pronto como sea posible. Se trata de revocar y de blanquear las paredes del local donde funciona dicha dependencia, modificando, además, los pisos del mismo. "...Lo que sin duda se impone en términos impostergables es la instalación de un lavadero, pues el que existe en la actualidad ni es higiénico ni satisface en modo alguno las necesidades del Establecimiento". "...La calefacción (de los pabellones), aunque se efectúa en buenas condiciones, podría, sin mayores gastos, mejorarse sensiblemente". "...Los galpones en que funcionan los talleres se encuentran en mal estado de conservación". "...Respecto a la ropa interior y al calzado en uso por los penados, sería conveniente adoptar tipos mejores, que consulten las características del clima imperante en la región".

Esas frases que se escaparon en el informe de los peritos que acompañaron al ministro de Justicia, dejan un teloncito descubierto para entrever la verdad.

No queremos exagerar y decir que Ushuaia es un lugar peor que Solovetzki, en la Rusia soviética; pero sí decimos que el presidio argentino es uno de los establecimientos más tétricos de América. Por lo demás, aunque el paso dado no haya significado mucho, las prisiones de Solovetzki han sido suprimidas a consecuencia de la campaña internacional realizada con ese fin.

Ushuaia será para el proletariado de la Argentina un motivo constante de inquietudes y de recelos y siempre que la vida revolucionaria repunte, pondrá en el primer plano de sus reivindicaciones inmediatas la supresión del presidio de Tierra del Fuego y la liberación de aquel hombre inolvidable que se llama Radowitzky.

EL PACTO ITALO-ESPAÑOL



"Dios los cria y ellos se juntan..."

tricos calabozos de Ushuaia de que se ha hablado alguna vez como del lugar destinado al encierro de los penados de mala conducta. Tales calabozos no existen y las correcciones disciplinarias se imponen en condiciones de enorme y perjudicial lentitud"...

El señor Eusebio Gómez ha iniciado la publicación de un "Boletín de la Biblioteca nacional de criminología y ciencias afines". En ella querá, por lo menos, reflejar alguna idea nueva, alguna experiencia en el dominio de la criminología, pero por lo visto ignora que una

E. L. ARANGO

CAPITALISMO Y ESTATISMO

No es un hecho sorprendente que los políticos marxistas traten de operar la concentración de todos los poderes: jurídicos, administrativos, económicos, en el llamado Estado Integral. Corresponde esa tendencia al concepto materialista que Marx aplicó a la evolución del capitalismo y señala el predominio de las finanzas en la dirección de la vida social.

El Super-Estado representa la negación del individuo como entidad pensante. Opone al derecho individual una supuesta soberanía colectiva, encarnada en la Nación, que es una idea abstracta que se materializa en el interés exclusivista de una casta privilegiada. De ahí que el conjunto geográfico forme no sólo una unidad política, sino que también una unidad económica, a la que es necesario sacrificar los intereses particulares del ciudadano. Pero, ¿en qué medida se realiza ese sacrificio? Suprimiendo la libertad del ente jurídico, o lo que es lo mismo, sometiendo a la masa asalariada a un régimen de gobierno que no consulta su situación de inferioridad frente al explotador y al gobernante.

La casta de los bien situados defiende como un principio equivalente a la justicia retributiva, la creación del Estado único. Ese es un principio marxista incorporado al estatismo burgués. Constituye la base "doctrinaria" del fascismo, según el decálogo de Mussolini, porque la dictadura fascista pretende ser paterna y esencialmente nacionalista. Quiere decir, pues, que a las diferencias de clase — que existen por el creciente antagonismo de intereses —, se opone la igualdad de acatamiento al orden establecido, sin que eso signifique un equilibrio en la vida social, ni mucho menos la justa correspondencia de esfuerzos, de trabajo y de necesidades entre todos los súbditos.

Depende y es originaria esa concepción estatista del individualismo burgués. Se nutre de "razones económicas" ya expuestas por Marx y sus discípulos para justificar el crecimiento del capitalismo, y responde a la fuerza de concentración industrial que, al crear un poder omnímodo con el juego de las finanzas, establece a la vez un poder político equivalente. Si la estructura jurídica del Estado no es capaz de resistir la fuerza de desplazamiento del capital, si no ofrece suficientes garantías a la feroz lucha de los intereses en continuo antagonismo, los amos de la industria y de las finanzas precipitarán la caída de los gobiernos débiles. Y así se explica el fracaso de la democracia y del parlamentarismo, no porque el sistema no sea susceptible de adaptarse a las nuevas condiciones materiales del mundo, sino precisamente porque el parlamento tradicional carece de suficiente flexibilidad para realizar por sí mismo esa transformación.

Mussolini combate las prácticas políticas del socialismo y ejecuta sus golpes de mano contando con una opinión adversa a los fracasados apóstoles de la democracia. Pero en la concepción político-económica del jefe fascista predominan las preocupaciones marxistas. El antidemocratismo del "duce" interpreta el fenómeno de la capitalización de Italia, y como teoría es una consecuencia directa del materialismo histórico.

Para justificar el hecho político — la contrarrevolución fascista, que sólo sirve para asegurar la prevalencia del capitalismo en el campo económico —, Mussolini declara que la democracia es una mentira. Esa conclusión no es sorprendente, porque ya la habíamos deducido los anarquistas al constatar el fracaso del marxismo en la encrucijada parlamentaria. El "duce" dice:

"La doctrina de la soberanía popular, con su postulado correlativo que proclama la superioridad del individuo sobre el Estado, ha sido dejada de lado, porque era falsa y, además, y esto es más importante, porque representaba el anarquismo en un mundo como el nuestro de estrecha interdependencia social y económica, donde todo individuo se siente perdido fuera de su grupo. "Libertad o muerte"

"te" fué una bonita frase, pero "cooperación o pobreza" me parece mucho más adecuada en los momentos actuales".

Teóricamente el fascismo acepta la conclusión económica de Marx sobre la interdependencia social, esto es, sobre la correlación existente entre el proceso del capitalismo, del que depende el mismo proletariado, y cuyo proceso se señala con períodos de crisis, con épocas de escasez y de abundancia.

Veamos ahora cómo expone Mussolini su vieja concepción marxista, adornada con preceptos nacionalistas y con el ritualismo patriótico. Define en estos términos el papel del Estado capitalista, en un régimen de dictadura financiera amparada en un supuesto derecho de extrajurisdicción:

"Una vez formulado el derecho a la libertad del individuo, el Estado queda sin la necesaria autoridad para fiscalizarlo. El fascismo rechaza la idea de que la Nación es una agrupación accidental y temporal de individuos y afirma que es una entidad orgánica y viviente que perdura, de generación en generación, poseedora de un patrimonio tangible, físico, moral, espiritual y cultural. Ninguna generación, ningún grupo de ciudadanos y mucho menos un solo ciudadano, tienen el derecho de ir en contra de su nación. El Estado, que es el custodio de la nación y su agente de fiscalización, no puede estar a merced de las artimañas políticas que varían de año en año de acuerdo con el estado de ánimo de unos pocos hombres que han conseguido ser investidos de autoridad, gracias a las vicisitudes del sufragio universal. El fascismo reemplaza la soberanía individual por la soberanía de la Nación; la Nación por el individuo. Con proteger la autoridad de la Nación ella se encontrará en condiciones de conferir la libertad a los individuos, siempre que ellos obren en armonía con los intereses del Estado".

Definido el papel que juega el Estado como representante de la Nación, y en cuyo terreno Mussolini vuela por sus preocupaciones marxistas, plantea en estos términos el juego de los intereses en el seno de la sociedad capitalista super-estatalizada:

"Aun más importante es nuestra destrucción de la autodefensa de clase. Hasta el advenimiento del fascismo, se había llegado a la conclusión de que el organismo de la vida económica de la Nación escapa al contralor del Estado. Se trataba de una idea errónea, debida a que el actual tipo de desenvolvimiento industrial tomó cuerpo después que se definieron las funciones del Estado liberal democrático. El nuestro — el nuevo tipo de Estado — es el primer paso que se da para reparar ese yerro. Hemos resuelto el problema para nosotros mismos y quizá para el mundo, incorporando al Estado todas las fuerzas de producción. La guerra de clases ha terminado, la huelga obrera ya no tiene más atenuantes que los de una insurrección; el capital y el trabajo tienen iguales derechos y deberes, sus delitos se castigan de la misma manera, y las organizaciones del trabajo, y en realidad todas las entidades de carácter público que afectan de un modo u otro a los intereses de la Nación, solamente podrán existir mientras se mantengan ligadas directa o indirectamente al tejido orgánico del Estado. El absurdo de permitir una constante amenaza de guerra civil o económica ha desaparecido".

Eso es el fascismo. Y eso es también el marxismo. La diferencia de motivos teóricos, sentimentales, éticos — que se invoque al proletariado en vez de la Nación, o viceversa — no altera las consecuencias económicas. La contrarrevolución italiana tiene su equivalente histórico, materialista, causal, en la revolución rusa. El régimen fascista suprime la interdependencia del individuo, como entidad jurídica, para subordinarlo al poder impersonal del Estado capitalista. Esa supresión se realizó también bajo el régimen bolchevique, por el mismo proceso estatal, con lo que el estatismo comunis-

ta llega al mismo grado de potencia opresiva y tiránica que las más brutales dictaduras burguesas.

Carece de valor, frente a la realidad de los hechos, la diferencia de estos dos denominativos: burguesía y proletariado. Borra esos relieves jurídicos el aplaniamiento económico impuesto por el capitalismo, Rusia e Italia, dos síntesis de las teorías marxistas — por lo que representan esa teorías en la justificación del proceso industrial — complementan un mismo proceso reaccionario. Y difícilmente se podrá distinguir, entre el proletariado bolchevique y el nacionalismo fascista, una diferencia de causas y efectos, un solo signo que indique a los hombres de hoy la posibilidad de libertarse de las cadenas de su esclavitud económica y moral.

Los estadistas, cualquiera sea su doctrina social, coinciden en un mismo principio mecánico: la concentración de todos los poderes, jurídicos y económicos, en el Super-Estado. La superestatalización es un fenómeno de la supercapitalización y señala el predominio de las finanzas sobre la política. El arte de gobernar a los pueblos consiste hoy en saber manejar el instrumento financiero y en conocer el secreto de los grandes negocios.

Mussolini es un instrumento en manos de la banca internacional. También lo fué Lenin en manos de la naciente burguesía rusa. Por eso Italia y Rusia ofrecen hoy la síntesis más completa del Estado capitalista y representan el hito de la contrarrevolución triunfante.

Los marxistas llegarán con el tiempo a reivindicar como propias las dictaduras de la hora. Sus preocupaciones democráticas, su aparato liberalismo y sus ficticias oposiciones a la supercapitalización del Estado, desaparecerán en cuanto los acontecimientos les lleven de nuevo al punto de equilibrio que se esfuerzan en encontrar los diferentes servidores de la burguesía.

el Super-Estado. La superestatalización es un fenómeno de la supercapitalización y señala el predominio de las finanzas sobre la política. El arte de gobernar a los pueblos consiste hoy en saber manejar el instrumento financiero y en conocer el secreto de los grandes negocios.

Mussolini es un instrumento en manos de la banca internacional. También lo fué Lenin en manos de la naciente burguesía rusa. Por eso Italia y Rusia ofrecen hoy la síntesis más completa del Estado capitalista y representan el hito de la contrarrevolución triunfante.

Los marxistas llegarán con el tiempo a reivindicar como propias las dictaduras de la hora. Sus preocupaciones democráticas, su aparato liberalismo y sus ficticias oposiciones a la supercapitalización del Estado, desaparecerán en cuanto los acontecimientos les lleven de nuevo al punto de equilibrio que se esfuerzan en encontrar los diferentes servidores de la burguesía.

lo vuelven a escribir. Con ese fin andan los mensajeros de un lado al otro con coches y se tienen que construir casas en las que se deben distribuir las cartas y otras en las que viven los que llevan nota de cuándo deben ascender los que leen las cartas. Finalmente se cuentan las cartas y las personas que viajan y los años más que viven los carteros en relación con los que cosen vestidos todo el día. Gracias a todas esas cosas los blancos creen ser más inteligentes y mejores, y cuando se edifica una nueva casa, se reúnen, pronuncian discursos y cantan: "¡ra, ra, ra!", lo que es la expresión de la más viva alegría. Luego vierten líquidos en su garganta.

Los blancos tienen además la siguiente locura. Si preguntan en Kitara: ¿Quién está allí?, la respuesta es: Muratu, un hombre. Pero los blancos clasifican a los hombres según lo que hacen. Quieren que cada persona haga una determinada locura, para que nazcan diferencias y puedan contar más. Un individuo me introdujo en la casa en que muchos hombres aflaban cuchillos. Tenían un aspecto muy pálido. Pregunté dónde tenían esas personas la tierra de labranza, a lo que se me respondió que no hacían otra cosa que aflar cuchillos; sólo así se puede decir con decisión que hombres que aflan cuchillos todo el día, mueren a los treinta años. Y sus ojos irradiaban de alegría cuando me comunicó que una vida tan breve tendrían las personas que no hacen en todo el día más que absorber en las urnas partes de cadáveres. Cuando yo me negaba a cabeza de espanto ante esa insensatez, me dijo que no debía dudar, que estaba establecido científicamente y que se esperaba obtener con el tiempo cifras más exactas. Cuando pregunté para qué servían esas cifras me contó un embuste que ni siquiera yo creeré. Mukama, no puedo explicaré eso. Pero oye: Todos los años pagan una suma de dinero, eso es recogido y registrado por personas que habitan en una casa y después de la muerte se le paga a los parientes. Creen ser así más felices. Y en eso un afilador de cuchillos paga una suma distinta a un labrador, porque los estadísticos saben cuanto tiempo viven unos y otros. Para que esa cuenta contenga cada cual debe permanecer en su trabajo y no hacer otra cosa. Por esa tontería hay que construir nuevamente casas y escribir cartas y hacer circular los trenes y los coches. ¿Lo has comprendido?

Ahora sabrás lo que hacen propiamente esos blancos y por qué lo hacen. Te lo digo: están continuamente en movimiento para perturbar unos a otros en el descanso, a fin de procurar que todos los nombres corran sin cesar y no tengan tiempo de darse a la reflexión. Pero luego se ocupan de llevar al desorden un orden del que están orgullosos. Se olvidan luego que son ellos mismos los que han hecho el desorden, que no era necesario, y hablan entonces del orden.

No, querido, tú no puedes comprenderlo. Tú pensarás en Kitara. ¿Para qué el orden? Los montes están allí y en los valles fluyen los arroyuelos. Si está crecida la corriente, se espera que pase. "Amri ya Mungu". Es orden divina, murmura el transeunte y se inclina humildemente. Pero el orden es contrario al mandamiento de dios y el castigo no puede tardar. Más tarde hablaré del castigo. Ese castigo es justo, pues hay cosas inútiles y un desorden provocado en donde hombres inútiles quieren hacer orden.

Habito en casa de un hombre que es conductor en un coche que circula por riales de hierro. Le acompañé y me hice decir lo que hace cada blanco que viaja en el coche. Viajaba un hombre que construía piezas de hierro para los coches. Junto a él había otro con una espada y una punta de metal sobre la cabeza. Tiene por misión vigilar que los coches no arrollen en la calle a ninguna persona y llevar el registro de los que son muertos por el tráfico. Luego subió otro cabeza puntiaguda al coche; su oficio consistía en vigilar que el que le vea se cubra firme, lo que es un saludo. Luego se sentó una mujer con una cruz roja al brazo. Venda a los hombres arrrollados por el coche. Luego un hombre que caza los perros que no llevan una moneda al cuello. Junto a él un hombre que hace hacer en una casa rollos de tabaco. Luego otro que vende píldoras contra las enfermedades. Luego un empleado de seguros que escribe qué personas han pagado dinero para el caso en que sean arrolladas

por el tráfico. Con qué objeto, eso lo digo más tarde. Luego uno que vende el carbón con que son movidos los coches y uno que hace los libros en los que está escrito cuando han de ponerse en movimiento los coches. Cada cual lleva un indicador del tiempo sobre su estómago y lo consulta en cuanto el coche se detiene y en cuanto continúa el viaje.

Luego se sentó allí un hombre con rodajitas de vidrio delante de los ojos. Su trabajo consiste en hablar cómo era antes y cómo es ahora. Me dijo que ese tráfico ordenado era un signo de la elevada cultura de los blancos. Hubo un tiempo en que no había ningún riel de hierro en el camino por el que vamos. Entonces habría dicho cualquiera que no era necesario que los coches circularan por aquí y que nadie subiría a ellos, y ahora se ha visto qué impulso ha tomado el tráfico gracias a la construcción de tranvías.

Pero yo encontré que todos esos locos estaban en camino, no para vivir y trabajar algo bueno, sino sólo para que los tranvías pudieran circular o para que se reparase lo que se produce en daños por el ir y venir de los coches. Si todos esos locos hubiesen quedado en la tierra con sus hijos, no necesitarían que circularan coches; todos podrían tener un pedazo de tierra de labranza y ser felices.

Por consiguiente, Kigeri, cuida a tu hermoso país del orden de los blancos, de los tranvías y de los riales de hierro, y prohíbe que sean llevados al país indicadores del tiempo, cuya visión induce a los hombres a hacer tonterías. Los hombres no necesitan reloj. Al despuntar el día canta el gallo. El día es claro, la noche oscura. Por la mañana sale el sol, al mediodía se ve en la parte más alta y por la tarde se pone. Pero la vida termina con la muerte. Sólo eso necesita saber un hombre. Pero donde los hombres andan en tren o tranvía, se necesitan relojes y hombres que los hagan, y de ahí surge todo ese trabajo estúpido, totalmente inútil en el que tantos seres enferman y pierden la alegría. Encuentro que esos locos del tiempo circulan todos de un lado al otro sólo para que los coches se pongan en movimiento y suben al tren o al tranvía para ir de un lado al otro y molestarse mutuamente.

He escrito sobre cosas que deben permanecer extrañas a los sabios de Kitara, si quieren seguir siendo hombres.

Te saluda tu fiel
Lukanga.

El hombre prehistórico

Sentado en una butaca, delante su escritorio, examinaba, desde hacía unos instantes, una especie de huesos puntiagudo, por un lado, y desgastado, por el otro. Le daba vueltas entre los dedos; seguramente, también le daba vuelta en su imaginación y, desde aquel momento, a pesar de mis bulliciosos cascabeles, ya no existía yo para él.

Mi madre, apoyada en el respaldo de la butaca, seguía la idea que acababa de expresar.

El médico, mostrándole el huesecito, le dijo:

—He aquí el diente de un hombre que vivió en los tiempos del mammoth, durante la época de los hielos, en una cueva deshabitada y desolada entonces, y ahora, casi por completo cubierta de viñas silvestres y de ahelías, y al lado de la cual se eleva, desde varios años, aquella casita blanca tan bonita, que habitamos durante los meses de verano el año de nuestro casamiento. Fueron dos meses dichosos. Como teníamos piano, tocábamos composiciones de Mozart todo el día, y, gracias a tí, una música espiritual y encantadora, que rebosaba por la ventana, animaba el valle, donde él, sólo había oído los rugidos del tigre.

Mi madre reclinó la cabeza en el hombro de mi padre, quien prosiguió de este modo:

Aquel hombre sólo conocía el hambre y el miedo. Parecía un animal. Tenía la frente aplastada. Los músculos de sus párpados formaban, al contraerse, arrugas odiosas; sus mandíbulas eran salientes; los dientes avanzaban fuera de la boca. Mira qué largo y puntiagudo es éste.

Tal fué la primera humanidad. Pero insensiblemente, con lentos y magníficos esfuerzos, fueron menos feroces: sus órga-

nos se modificaron con el uso. La costumbre de pensar desarrolló su cerebro, y la frente se ensanchó. Los dientes, que ya no se ocupaban en destruir carne cruda, crecieron menos largos en la mandíbula, menos fuertes. El rostro humano adquirió una belleza sublime, y la sonrisa nació en los labios de la mujer.

Al decir esto mi padre besó la mejilla a mi madre, que sonreía; luego, alzando con lentitud solamente sobre su cabeza el diente del hombre de la cueva, exclamó:

—Hombre antiguo, cuya ruda y feroz religión tenemos presente: tu recuerdo conmueve lo más profundo de mi ser, te respeto y te amo ¡oh, abuelo mío! Recibe en el insondable pasado donde reposas el homenaje de mi agradecimiento, pues sé cuanto debo. Sé que tus esfuerzos me han librado de la miseria. Tú no pensabas en el porvenir; es cierto; un tenue resplandor de inteligencia oscilaba en tu alma oscura; sólo pediste alimentarte

y esconderte. Sin embargo eras un hombre. Un ideal confuso te inclinaba hacia lo hermoso y lo bueno. Viviste miserablemente, pero no viviste en vano, ¡la vida tan horrible que tú recibiste, la transmitiste a tus hijos mejorada y menos dura. A su vez ellos trabajaron perfeccionándola. Todos han puesto su mano en el arte: uno inventó la piedra de moler, otro la rueda. Todos se han fatigado, y el continuo esfuerzo de tantos espíritus, al través de los siglos ha producido las maravillas que ahora embellecen la existencia. Y cada vez que inventaban un arte o fundaban una industria, hacían nacer con eso mismo bellezas morales, y creaban virtudes. Respetaron a las mujeres, y los hombres apreciaron el valor de la belleza.

Mi padre, dejando sobre el escritorio el diente prehistórico, abrazó a mi madre.

A N A T O L E F R A N C E

AGUSTIN SOUCHY

Gustav Landauer, el filósofo de la revolución

(CONTINUACION)

Con motivo de la prosperidad del pensamiento centralista no es infrecuente ni innecesario exponer las ideas de Landauer de un socialismo libre. El marxismo no es un socialismo libre, y Landauer procura justificar esa afirmación de todas las maneras. Luego dice:

"Esta es la verdadera doctrina de Carlos Marx: cuando el capitalismo haya vencido en absoluto sobre los restos de la edad media, el progreso estará afirmado y el socialismo puede decirse que estará allí.

No tiene una significación simbólica que la obra fundamental del marxismo, la biblia de esa especie de socialismo, se llame *El capital*? Frente a ese socialismo capitalista presentamos nuestro socialismo y decimos: el socialismo, la cultura y la federación, el intercambio justo y el trabajo alegre, la sociedad de las sociedades solo puede venir si despierta un espíritu como el que ha conocido el período cristiano y el precristiano de los pueblos germánicos, y cuando ese espíritu líquida la barbarie, provoca la disolución y la decadencia, es decir: el capitalismo económicamente hablando.

Así están inconciliablemente frente a frente. De un lado el marxismo, de otro el socialismo. Marxismo equivale a automatismo.

Socialismo es lo nuevo, que se subleva contra la corrupción; la cultura que se rebela contra la asociación de la miseria, la violencia y la incultura, contra el Estado moderno y el capitalismo.

El marxismo es la peste de nuestro tiempo y la maldición del movimiento socialista. El marxismo es ante todo de los filisteos y por consiguiente del amigo de lo informe, de lo basto. Algo así como una república de ciudades de la edad media o un mercado aldeano o un *mir* ruso o un *aumend* suizo o una colcacia comunista no pueden tener para él la más insignificante analogía con socialismo; pero en cambio un Estado vasto, centralizado, se parece ya en cierto modo a su Estado futuro; si se le señala un país en un tiempo en que los pequeños campesinos prosperan, en que florece un trabajo manual rico en arte, en que hay poca miseria, tuerce despectivamente las narices; y Marx y sus sucesores creyeron extinguir el peor insulto contra el mas grande de todos — los socialistas, Proudhon, llamándolo socialista pequeño-burgués y pequeño campesino, lo que no era un falso juicio ni un insulto, pues justamente Proudhon ha señalado preciosamente a los hombres de su pueblo y de su tiempo, en gran mayoría pequeños campesinos y obreros manuales, como habrían podido llegar al socialismo de inmediato, sin esperar el progreso purificador del gran capitalismo. Los creyentes en la evolución no pueden oír que se hable de una posibilidad que existió y que sea embargo no se convirtió en realidad; y los marxistas y los infectados de marxismo no pueden por consiguiente ver que se hable de un socialismo que hubiera podido ser posible antes del movimiento hacia

abajo, que llaman movimiento progresivo del capitalismo bendito...

El socialismo es posible en todos los tiempos cuando lo quiere un número suficiente de seres humanos. Sólo que responderá al estado de la técnica, es decir, al número de hombres que lo inician y a los medios que llevan consigo o a la herencia del pasado que pueden tomar. El socialismo, ¡oh marxistas!, es posible en todos los tiempos y con cualquier estado de la técnica; y es imposible en todos los tiempos y con cualquier estado de la técnica. Es posible en todos los tiempos para los hombres justos, aun con la técnica más primitiva; y es imposible en todos los tiempos para los hombres injustos, aun con la técnica del maquinismo más desarrollada. No sabemos de evolución alguna que lo aportará; no sabemos nada de una semejante necesidad como ley natural. El capitalismo no tiene que volverse forzosamente socialismo, no debe sucumbir forzosamente, el socialismo no debe venir por la fuerza de las cosas; tampoco debe venir el socialismo propietario-estatista-capitalista de los marxistas, y no perdemos mucho. Ningún socialismo debe venir. El socialismo puede venir y debe venir cuando lo queramos, cuando lo establezcamos!"

Su crítica al marxismo la resume Landauer como sigue: Las principales tesis del marxismo son:

"1.—La concentración capitalista en la industria, en el comercio, en la banca y el crédito en un estado previo, es el comienzo del socialismo.
"2.—El número de los empresarios capitalistas — o al menos de las empresas capitalistas — se reduce más y más; la proporción de los establecimientos particulares se exige; la clase media se empobrece y está condenada a la decadencia; el número de los proletarios crece desmesuradamente.
"3.—La cantidad de los proletarizados es siempre tan grande que debe haber entre ellos constantemente desocupados; ese ejército industrial de reserva influye en las condiciones de la vida; se desarrolla la superproducción por el hecho de que se produce más de lo que se puede consumir. En consecuencia, las crisis periódicas son inevitables.
"4.—La desproporción entre la enorme riqueza en manos de los pocos y de la miseria e inseguridad en las masas se hará finalmente tan grande, se producirá una crisis tan terrible y el descontento de las masas obreras aumentará de tal modo que tiene que venir una catástrofe, una revolución, en cuyo curso puede y debe ser modificada la propiedad capitalista en propiedad social."

Estos principios han sido sometidos por diversas partes a una severa crítica, y hoy no queda mucho de ellos. La crítica de Landauer es más o menos la siguiente: No se debe hablar de empresas capitalistas y suponer con eso que la existencia de la sociedad capitalista depende del número de esos empresarios particularmente. Se debe más bien hablar de todos aquellos que están interesados en el capi-

talismo, de los que lo pasan bien proporcionalmente y seguros en su vida externa dentro del capitalismo, de aquellos que, en tanto que no son excepciones, sino casos generales, son dependientes también en sus opiniones, aspiraciones y puntos de vista de los intereses del capitalismo, lo mismo si son empresarios autónomos, agentes acomodados, altos funcionarios y empleados, accionistas, rentistas o lo que sean. Y sobre la base de las estadísticas de los impuestos y otras observaciones, que no pueden refutarse, se puede decir que el número de esas personas no ha disminuido, sino que aumentó algo absoluta y relativamente.

La clase media no ha decrecido, sólo ha cambiado de forma. No se ha escrito que por clase media se tenga que comprender sólo a los obreros manuales autónomos, a los comerciantes, a los pequeños campesinos y rentistas. Podemos asociar la cuestión: ¿quién pertenece a la clase media? con esta otra: ¿quién es proletario? En un mitin de Berlín, preguntó Landauer una vez a Klara Zetkin si el propietario de la sala (una de las más grandes salas de Berlín) era un proletario, pues, como la mayoría de los propietarios de tales establecimientos es por completo dependientes de la cervecera que le entrega la cerveza. Esa cervecera tiene hipotecas sobre su terreno; está comprometido por años y años a expender sólo su cerveza; las mesas, las sillas, los vasos son propiedad de la cervecera; sus entradas ascienden más o menos de 30 a 50 mil marcos anuales. En el período capitalista han surgido funciones que no caben en las calificaciones usuales. El propietario de la sala no es empleado, no es un agente, es autónomo, pero no independiente; no es propietario de sus medios de trabajo; ¿es un proletario? Klara Zetkin respondió: Ciertamente es un proletario; la existencia de ese hombre privado de sus medios de trabajo es por completo insegura.

Klara Zetkin respondió de acuerdo con las doctrinas del marxismo, que dicen: es proletario el que es dependiente y no posee los instrumentos de trabajo con propiedad suya. Pero Landauer afirma que proletario es el que vive proletariamente. Ciertamente hay diversas graduaciones, desde la mayor miseria de una existencia que roza siempre con lo mínimo hasta el trabajador que puede bien o mal vivir con su familia, que se mantiene a flote en los tiempos de desocupación, sin saber acortada su vida o al menos la intensidad de la vida de sus sucesores por la denutrición y que no llega nunca a una moderada abundancia en entradas, sin lo cual es imposible una participación en el arte, en la belleza, en la libre alegría. En este sentido es también comprendida generalmente la palabra proletario, y ni los mismos marxistas la pueden comprender de otro modo. Sólo esos proletarios están interesados en un cambio de las condiciones actuales, solo de ellos se puede decir que no tendrían que perder más que sus cadenas y que tendrían un mundo que ganar.

Justamente hoy hay una gran masa de miembros de la clase media que pertenece a aquellos círculos en que domina el bienestar. Numerosos empleados, jefes de sucursales y de reparticiones, directores, ingenieros y agentes. Todos toman parte en el sistema capitalista, y a causa de su posición económica y de la concepción condicionada por ella no pueden ser contados ni con los proletarios ni con los revolucionados.

Se ve ya en esto que las profecías de Marx no se cumplieron. Sin embargo, se puede conceder que una vez tuvieron justificación esas frases marxistas. Landauer afirma también que Marx en cierto sentido profetizó y previno. Previno al decir lo siguiente: "Capitalistas, si continúa así la explotación rabiosa, la rápida proletarianización, la salvaje concurrencia entre vosotros mismos, si continuáis devorándoos mutuamente, impulsándoos al proletariado y reduciendo los establecimientos, disminuyéndolos en su totalidad, agrandándolos en particular, entonces todo debe terminar pronto!"

Pero hasta tal punto no se llegó. No porque los capitalistas hayan observado la advertencia de Marx, sino a causa de otros factores. El capitalismo creó por la provocación de un lujo inútil diversas necesidades ramificadas; la gran industria ha producido una gran cantidad de industrias auxiliares, de tal modo, que ninguna forma de la técnica se ha vuelto su-

Exposición Bagaría (Los A. A. del Arte)

En todo tiempo los pintores tuvieron un gran respeto y admiración por los caricaturistas. Si decimos en todo tiempo, hemos de referirnos más bien a los modernos, en los que el arte de la risa y el humorismo en la plástica y en el periodismo ilustrado, cobró un desarrollo y un auge extraordinarios. Cezanne y Degas, dos de los pintores de más fuste en la época actual, tenían una gran predilección por Forain, el agudo satirizador de la sociedad burguesa.

También Bagaría despierta admiraciones fervientes entre los intelectuales y entre los pintores. Si la gente de pluma ha de tomarse en cuenta por lo que intenta convertir en teoría y literatura las artes más concretas — la pintura, la escultura y la arquitectura — los hombres, —ditemos del oficio—, son acreedores a un crédito mayor. Cuando alcanzan cierto rango en el talento y la experiencia, sus opiniones son casi siempre más complejas y más profundas. Por un Baudelaire poeta que supo darnos un capítulo único en la literatura universal, sobre la *Esencia de la Risa* y sus proyecciones filosóficas, hubo muchos charlatanes literarios, quienes dispararon sobre el tema. Las diversas opiniones y trabajos, abonados por las más valiosas firmas de España, que se consignaron en el catálogo de la exposición Bagaría, parecían ser todos ellos excepciones a la regla. Pero, a pesar de todo, nosotros preferimos la de Zuloaga. Son escasamente unas cuantas líneas. Dice:

"Admiro tremendamente a Bagaría, pues su arte encierra mucho de aquello que yo sueño para el mío: es decir: personalidad, psicología, ironía, penetración del carácter y saniduría", y añade: *Bagaría es, indudablemente, el gran maestro de la caricatura*. Esto último ya nos interesa menos. Que se le considere más grande o más chico, no nos importa tanto como que sea honradamente el y sepa diferenciarse de la vasta mayoría de sus congéneres.

Se demuestra ello por sus mismos medios de expresión completamente precarios, respecto a su materialidad, a su apariencia plástica, que, sin todo lo que pone él de espiritualidad, de intención y de ingenio, sería un grafismo de muy poca monta y substancia. ¿No prueba, acaso, eso su primacía de la facultad artística — la reina de las facultades — como proclamaba Baudelaire a la imaginación creadora, sobre las otras, las mecánicas, las ejecutoras? George Grosz, que se vale de la línea pura para sus terribles vivisecciones de "Las casas dominantes", usa del dibujo para apresar superficies que convertirá en materia plástica voluminosa.

perflua. Los capitalistas han paralizado pronto la lucha de competencia y encontraron formas mejores que les garantizan mayor seguridad: los trusts y los kartells. Por lo demás, el Estado se ha cuidado de pulir las pobres excrecencias del capitalismo. Por medio de la legislación social el proletariado debía ser prevenido contra los extremos y por eso contra la revolución. Pero ¿qué significa eso en general? Landauer sostiene: Más importantes que los efectos reales para el capitalismo fueron los resultados morales de esa legislación. No sólo para la masa de los proletarios sino también de los políticos ha borrado la diferencia entre su Estado del porvenir y el Estado del presente. El Estado se conquistó una nueva esfera de poder: la inspección de las fábricas, la intervención entre obreros y capitalistas, las pensiones para proletarios enfermos, viejos, inválidos, la protección contra los accidentes del trabajo etc. La actitud patriótica del Estado, la confianza infantil hacia el Estado y su legislación han sido fortificadas y aumentadas. El sentimiento revolucionario en las masas y en los partidos políticos ha sido notablemente debilitado."

(CONCLUIRA)

Es el suyo, además, un dibujo analítico, de un análisis minucioso que escoge los elementos esenciales para intensificar el carácter y la expresión. Es un lineal, como se ha dicho; en el arabesco de su dibujo hay peso, corporeidad y volumen. También su sátira es más corrosiva, quemante, cruenta. Sella con una marca de estigma infamante a las clases burguesas, —que si sólo se refieren a la alemana, se podía aplicar a la de los demás países. Su cómic se deforma con la amargura del sarcasmo; es una reacción violenta de una ética selváticamente agudizada contra un cúmulo de famoralidades contemporáneas y sociales en el máximo fermento de su corrupción. Estamos, pues, lejos de la comicidad chispeante de Bagaría, casi siempre de sonrisa benigna y a veces un poco ingenua.



BAGARIA — Auto-caricatura

Se ha podido decir que existen dos géneros de cómicos: aquel impregnado de contemporaneidad, y el que se separa del hecho que le generó de serlo en su esencia, y entonces habrá que auxiliarse de la leyenda, transportándose también al sitio que lo originó para comprenderlo; y el otro, que, en cambio, existe sin ninguna contingencia de tiempo y lugar. ¿Cuál ejemplo escogeremos, sino el de Goya de los *Caprichos* y de los "Horrores de la guerra"? Es muy alto ejemplo, tanto para Bagaría, como para el mismo Grosz. Ninguno de los dos se elevan a tan alta planicie del pensamiento humano, y ninguno de los dos se remontan de lo particular a lo universal, como en todo tiempo hicieron los grandes humoristas.

Pero ninguna de las dos labores de agría crítica social son baldías; al contrario, cumplen una gran misión regeneradora: castigar sonriendo o riendo amargos o ingeniosamente.

Discúlpense ahora estas comparaciones necesarias para señalar una jerarquía de valores y también para obtener un punto de apoyo claro y definido, mediante contrastes bruscos.

Elegante, casi exquisito, eminentemente decorativo, un fino sensitivo en sus tintas, Bagaría logra otorgar a sus viñetas, a sus composiciones y caricaturas un pronunciado sabor artístico; ya por lo ingenioso de sus estilizaciones, extendiéndose a todo lo creado; ya por la sutuosidad del colorido y la vibrante disección de caracteres. Esto será su valor

más perdurable; es decir, como obra intrínseca de arte.

Consiguemos un dato importante. Esta muestra obtuvo la más completa y armoniosa unanimidad de la opinión pública, así como de la crítica. No hubo una sola discrepancia entre la risa y la sonrisa de la muchedumbre de veedores que pasaron por esa exposición, y el sonreír y el piropear, grabado en letras de moldes en diarios y revistas: en todos rebosaba, tanto en el papel impreso como en los rostros, la misma satisfacción de haberse solazado y divertido realmente.

Si a Bagaría se le confina en la periferia de su España, adquirirá de pronto una importancia cabal e insospechada. Suficiente sería exhumar unas líneas de Luis Araquistain para dar a entender a lo que particularmente deseamos referirnos. Dice el escritor:

"A mediados de 1926 se eclipsan totalmente los dibujos de Bagaría en la prensa española. El rigor de la censura, después de suprimir más de la mitad de sus caricaturas diarias, le obliga al fin a suspender por completo su trabajo periodístico en España. Este hecho, sencillito al parecer, servirá, sin embargo, para que el futuro historiador de esta etapa espa-

VINICIO PALADINI

NECESIDADES ESPIRITUALES

En un precedente artículo, aparecido en *Fedo*, hablaba de la necesidad de unir lo más estrechamente posible al proletariado y la intelectualidad en un solo organismo que, en una comunidad de rebelión contra las viejas formas de organización social y mental, trajese una potentísima energía destructora, en los primeros tiempos, después reconstructora.

Apunté brevemente en el peligro probable de agregarle a la masa una intelectualidad mezquina-burguesa que podía destruir en el campo espiritual todo posible intento de superar violenta e instantáneamente la vetusta mentalidad, desbaratando de este modo la obra toda de renovación y radical transformación desarrollada en las otras ramas de la economía y de la organización social.

Muy clara se me presenta la necesidad de que estas dos revoluciones se desarrollen paralelamente y de consuno. La indudable seguridad del pan y la alegría de saber que la riqueza ha sido igualmente distribuida son condiciones necesarias, mas insuficientes para que la idealidad de las izquierdas sociales tengan un real y completo valor. Existen en la naturaleza humana poderosísimas urgencias espirituales que no pueden ser aplacadas con los paliativos de la cultura mezquina-burguesa, que es sólo parvedad de pensamiento y de espíritu. El hombre no es una bestia cuyas simples satisfacciones materiales bastan para dar un significado a su vida. Cuanto antes es preciso democratizar las formas del conocimiento para las clases obreras — pero que esas formas sean de un conocimiento inteligente — y es necesario también y sobre todo, que estas clases sientan plenamente el valor de su función en la sociedad, no sólo como masa de productores indispensables a la existencia de toda corporación social — y poseyendo iguales derechos a los otros componentes — pero, además, como vibrante inteligencia que se sienta siempre de más vastos conocimientos que le sirvan para vivir más enteramente y con gran conciencia de la propia vida.

Toda revolución que no incluya entre sus aspiraciones esta otra de sabor tan exquisitamente espiritual, ha de ser completamente inútil y no será más que una demostración de sentimientos bestiales y negativos.

Desgraciadamente de todo esto no se hallan muy convencidos los partidos de vanguardia en Italia, aunque ellos piensan en general que uno de sus más grandes objetivos sea la educación del pueblo, el refinamiento de sus facultades críticas; mas no obstante ello, existe una gran confusión en ideas de semejanza indiana y un vesánico pavor ante las ideas revolucionarias en arte, no por deberse a una convicción de carácter estético, sino por no tener una concepción clara del arte y de sus funciones.

En general confunden el bello artístico con el bello físico, la estética con la ética y temen que el proletariado no pueda comprender ciertas particulares formas de audacia en la escultura, en la pintura, etcétera, excluyéndolas a priori.

Los supuestos dirigentes de los partidos revolucionarios dicen: "esta expresión artística es incomprensible para un

hata el grado de su civilización; pero a la vez ese eclipse es el termómetro de la temperatura intelectual que reina en las cimas del Estado español. Bajo cero".

Digamos para finalizar que, si Bagaría no es virtualmente un desterrado político, de hecho y a la fuerza lo es. Y esto, el haber sido el tábano socrático del gobierno del risible de Rivera, es lo que merece nuestra más grande simpatía.

¿Hemos de citar en detalle los trabajos del humorista español?

¡Bah! ¿Para qué? Obra de tal magnitud sería desmenuarla contándole los pelillos que sobran y faltan.

At.

obrero. Estos no poseen una suficiente preparación cultural para comprenderlas". Y sus espíritus prácticos, preocupados por el justo temor de perder contacto con el alma del pueblo, los induce a ser resueltamente hostiles a toda forma de arte que no sea convencional. Como una prueba fehaciente de cuanto se ha dicho hasta ahora, basta dar una ojeada a sus diarios y revistas para comprobar que el más rancio simbolismo y el más banal realismo, sean los géneros que predominan en sus ilustraciones.

En análogos errores se debate su crítica artística, cuando la ejerce, siempre marcada por la idea — del todo mezquina-burguesa y equivocada — de un arte corregidor de costumbres y como una función moral, como arte inspirador de sentimientos de bondad y de amor.

No alcanzan a concebir cuál fuente de placeres altamente espirituales pueda encontrarse en cuadros de cualquier escuela — no hay necesidad de hacer cuestión de escuelas — en el que se agita esa pasión creadora del artista, quien exento de toda idea de reproducción mecánica de la realidad, de representación particular de ideas políticas, religiosas o filosóficas, quiso dar forma a su intuición artística, suscitada en el espíritu de su facultad de imaginación, fantástica, plástica, colorista o lineal.

Este amor para las firmas nuevas del arte, no ha de entenderse como una especie de proteccionismo por la pintura de una particular escuela. Todas las escuelas han de aceptarse, si demuestran harrarse formadas por principios estéticos de los particulares creadores. No estará de más establecer, a propósito de las escuelas, que éstas tienen su real valor para la historia del arte, mas no crítico. En general una escuela se forma cuando un número más grande de artistas posee una comunidad de ideas, unidad de espíritu, mas no es verdad que pueda generar un artista. Pues el hecho de demostrar más preferencia por los románticos que por los clásicos, o para legar a clasificaciones más actuales, por la pintura metafísica más bien que por la futurista, es un error grosero, contra el que un espíritu aun mediocremente crítico se debe rebelar con todas sus fuerzas.

Las individualidades creadoras en la esfera de las artes figurativas, no se pueden estudiar sino al margen de todo precepto de escuela. Las escuelas de arte podrán servir al objeto práctico de arrojar clasificaciones de valor meramente empírico, para determinar períodos, para arrojar con una sola ojeada la visión panorámica del desarrollo de las ideas en el tiempo, pero es un método severamente condenable, en cuanto se relaciona con la educación del proletariado exhibiéndole hostiles preceptos contra las formas del arte de vanguardia, con el espejismo pretexto de la escasa cultura obrera. Toda forma de progreso no se obtiene más que con esfuerzo, y si nosotros nos detuviésemos ante las dificultades, no existiría en nuestro espíritu nada más que tinieblas. Y ello es tanto más de comparar en partidos y facciones que poseen toda su fuerza ideal en su audaz desprecio por los prejuicios y los convencionalismos pretendiendo ir más allá de todo temor y de sentimentalismos nocivos, a fin de alcanzar la meta de la realización de la felicidad humana.

Las verdades artísticas son verdades intuitivas que cualquiera llegará a comprender y sentir, cuando se le guíe con acierto en un pequeño esfuerzo. Incluso la más compleja obra, expresión de un modernísimo concepto estético, será siempre comprensible enteramente para cualquier persona, al poseer ella una cierta cultura de la evolución de las artes en estos últimos años, a partir del impresionismo. Es esta una verdad fundamental que me servirá de base al trabajo informativo y crítico que trataré en otra ocasión.

BIBLIOGRAFIA

"Judíos" — Por Israel Chas de Chruz.— J. Samet, Editor.—

Un girón viviente de la vida judía nos lo ha traído este autor con su primer libro "Judíos". De tendencia lanamente realista, sin incurrir en lo truculento de la literatura corriente, sabe dibujar caracteres con trazos firmes y sostenerlos hasta el final en las ulteriores consecuencias de sus acciones y de su psicología. Ninguno de ellos provoca una duda en su verosimilitud, porque fueron vividos fuertemente por el artista, modesto en su esfera de creador.

Su estilo vigoroso, por lo natural, sus desaninos ocasionales no dañan a la arquitectura general de la narración. De observación certera, parece que quisiera obligar a su expresión a ser bastante dúctil, sumosa para apenas vestirse con un ligero ropaje verbal. Es muy probable que esto no sea más que una suposición nuestra, ya que en el novel escritor no hubo tal cálculo, ni tal sabiduría, forzosamente precoz en un principiante. Sea como sea, con este su primer trabajo, en especial con el relato, — cuyo título es el del libro, — nos proporciona una serie de escenas de un pintoresco emocional no muy común, descubriendo, al mismo tiempo, rincones insospechados de un mundo extraño para nosotros, y para muchos totalmente desconocidos, y a veces, o casi siempre, calumniado: el pueblo judío.

Nosotros confesamos, a pesar de todo, que nos parece uno de los pueblos más complejos, y por eso más humanamente contradictorios, rico en múltiples inquietudes de una sed y una voluntad de saber inagotable. No es por no estar exentos de prejuicios de raza, por lo que lo admiramos sinceramente, sino que nos atrae por su fuerza abismática, la que pudo conservarlo incólume a través de los siglos, en su fuerte sabor racial. Por eso es que el novelista hallara un vasto repertorio de tipos y arquetipos de un carácter mucho más acentuado que el de otras razas, que si los hay, no abundan como en el pequeño universo semita. Creemos que hasta ahora ni los mismos escritores de su raza dieron ni cerca la idea total de lo que es en profundidad y potencia esta población nómada, errante, que hace siglos lleva a cuesta el estigma de su nacionalidad, como un redivivo Sísifo.

Lo que hemos leído de Isaac Peretz de Salon Ach y de otros, y aquí de Gerchunoff, con sus narraciones arcádicas "Los gauchos judíos", no nos bastaron para conocer como quisieramos el inquietante enigma de esta raza que, de una sordez indecible y avara rapacidad, tiene a veces impulsos sublimes.

Jancalo o Jacobo, el personaje principal en quien se condensa toda la esencia de este relato novelado, es el que nos deja entrever el resquicio de la bondad y

El matrimonio

Abrigo la opinión que la institución del matrimonio, que pudo ser útil como un bozal para el monstruo de la carne, causó más desgracias y miserias entre la comunidad de la gente que la misma Iglesia Católica Apostólica y Romana.

... Iglesia, Monarquía, Propiedad privada y Matrimonio, son las cuatro antiguas instituciones venerandísimas por el Tiempo, y que la Humanidad deberá reformar desde las raíces hasta las ramas, si anhela respirar libremente el aire de la Libertad. Escritores, quienes se tildan a sí mismos de emancipados y se presentan como adalides de vanguardia, continúan hablando del matrimonio con un aire de devoción sentimental que me pone furioso.

George BRANDES

la idealidad judía que rebasa los estrechos límites de la raza.

Del novel novelista que se estrena con una narración de este valer — la mejor del volumen — cabe esperar obras futuras de más enjundia.

At.

Franz Herczeg — "Graf Stephan Tisza", Eligius Verlag-Budapest, 1926, 53 págs. — Karl von Lyka: "Michael von Munkácsy" — La misma editorial, 1926, 26 págs. y 18 ilustraciones.—

Hemos recibido los dos primeros volúmenes de una colección de biografías editada por Georg von Otthik y titulada "La moderna Hungría", — un ensayo para dar una impresión del país magyar y de sus creadores modernos de la mano de resúmenes biográficos de sus hombres representativos en política, poesía, arte, música y ciencia. La tendencia general de ese esfuerzo parece ser puramente nacionalista, pero como Hungría es hasta tal punto desconocida en el resto de Europa sobre todo en la Europa latina y en América, esa serie de biografías, ricamente ilustradas, prometen abrir al lector algunas páginas interesantes de la moderna historia política e intelectual magyar.

El primer volumen está dedicado al conde Stefan Tisza, presidente de ministros húngaro y famoso como hombre de energía y de voluntad férrea. Fué asesinado el 31 de octubre de 1918 en su domicilio por un grupo de soldados rebeldes. Se le ha hecho la inculpación de haber sido uno de los promotores de la pasada guerra mundial, lo que su biógrafo trata de refutar valiéndose de diversos documentos. Stefan Tisza era hijo del famoso presidente de ministros húngaro Koloman Tisza, que ocupó ese puesto desde 1875 a 1890.

Otro de los volúmenes ya aparecidos está consagrado al pintor Munkácsy (20 de febrero de 1844 — 1 de mayo de 1900), nombre bastante conocido en el arte de la Europa occidental por haber residido Munkácsy largos años en París. Este pintor conoció desde temprano la realidad de la vida; huérfano a los siete años, aprendiz de carpintero desde los diez a los catorce años, se abrió camino en el arte a fuerza de voluntad y de talento. Conoció luego el bienestar y la riqueza, pero en los motivos de sus obras se advierte la influencia de su origen y de sus experiencias. El breve estudio sobre Munkácsy está ilustrado con 18 reproducciones de sus cuadros.

D. A. de S.



ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

El cuestionario propuesto contiene los puntos siguientes:

- 1.0—Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.
- 2.0 La anarquía como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?
- 3.0 Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquía?
- 4.0—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?

RESPUESTA DE M. NETTLAU

I

La anarquía quiere decir, en suma, la manera como la vida humana se desarrollará en sus infinitas manifestaciones en un medio de libertad, depurado de todos los obstáculos opuestos al libre florecimiento, como el aire de los campos, de los bosques, de la montaña y del mar está purificado de las exhalaciones malsanas, a menudo moféticas que se está forzado a respirar en los zaguizamis y en las fábricas, en las ciudades mal sanadas de nuestra época.

El primer punto de la encuesta: *Sobre los problemas actuales del anarquismo y medidas para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria*, se relaciona, pues, a los mil aspectos del problema inmenso y único: cómo llegar a realizar la anarquía, es decir, a separar los obstáculos y a crear los elementos capaces de realizarla y, necesariamente, para ese fin, cómo crear fundaciones sólidas y un suelo fértil que permitan y ayudarán a esos primeros elementos a desarrollarse en las condiciones más favorables que excluyan la mayor parte de las desviaciones y los fracasos, parciales o totales. Porque ligados al pasado por su procedencia, esos primeros elementos no pueden aún estar aclimatados en tierra de anarquía, se aclimatarán poco a poco; pero sólo cuando haya desaparecido el residuo de concepciones y disposiciones del pasado, situado aún en ellos, por la práctica de la vida nueva.

Los "problemas actuales" son verdaderamente muy numerosos, porque vivimos en una época de una recrudescencia horrible de la autoridad y si nosotros mismos nos mantenemos en pie y llevamos la cabeza alta, los ambientes que se acercan al nuestro, y los más distantes con doble razón, han caído más o menos, por buenas o por malas, bajo el fascinamiento del autoritarismo creciente: se sembró con ligereza la autoridad al jugar con el bolchevismo, la dictadura — se cosecha ahora a manos llenas bajo forma de fascismo, con el pie sobre la nuca del más débil y el manguel sobre la espalda!

Se creería que en esta situación la libertad sería más atractiva que nunca para las numerosas víctimas. ¡Ay! están en tal prostración que sólo un salvador directo, más poderoso que sus verdugos, les atraerá y la rebelión, iniciada por los libertarios, pero que debería sacar su gran fuerza de las víctimas mismas, les parece inaccesible — las víctimas se resignan y no intentan ya más esfuerzo. Esto se aplica tanto a las decenas de millones que sufren la oligarquía incapaz y cruel de los bolchevistas rusos, como a las decenas de millones en Europa, en Italia, en España y en Grecia, en Rumanía y en otras partes, entregadas, con las manos ligadas, a sistemas fascistas y también a otras decenas de millones que en los Estados en donde las antiguas formas constitucionales o republicanas se han mantenido aún se ven paralizadas, impotentes ante las camarillas capitalistas, un fascismo en ciernes, una decadencia general de la vida social. Sin duda esas masas están descontentas, rugen sordamente, comprenden también que el más bello "partido obrero" no las salvará —

5.0—¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?

6.0—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?

7.0—¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguirse?

8.0—Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿podrían los camaradas historiadores, el origen, bases y fundamentos de la Biblia?

los obreros ingleses han visto en el curso de pocos años tan palpablemente la impotencia del socialismo político llegado al poder, el gobierno de Macdonald, como la incapacidad de una jerarquía obrerista para conducir a buen fin una causa soportada por millones de obreros, como la grandiosa hueiga inglesa de mayo de 1926, pero esas masas no ven aún más lejos, les falta la fe en la libertad que conocen demasiado poco — vea una especie de sistema, que, sin embargo, lanzó un desafío al capitalismo y es detestado por el capitalista, mantenerse de año en año en Moscú. Visto desde lejos y sin profundizar el examen, eso parece que continúa en pie... ¿y qué ven aún esas masas? Ven fascismo y capitalismo cada vez más integrados uno en el otro — y no libertad... Los libertarios hacen sin duda lo que pueden, pero es demasiado poco en la situación presente; el mal destruye más de lo que la curación reemplaza y hay un período de gran declinación cuyas consecuencias serán tanto más graves, cuanto más se tarde en poner vallas al mal y cuanto más se debilite la curación. He ahí por qué hay ciertamente hoy una cantidad de "problemas actuales" mayor que nunca.

Se objetará que hace dos o tres siglos no hubo ni socialismo ni anarquía alguna y sin embargo hoy existe tanto. Pero si esas ideas se han precisado en el siglo XIX y han sido tan vigorosamente preparadas, no hay que desconocer que desde hace muchos siglos el progreso se ha elaborado lentamente en toda la línea, por un gran conjunto de fuerzas sociales contra las potencias de las tinieblas y los detentadores de un poder feroz. Ciencia, libre pensamiento, progreso industrial, invenciones, descubrimientos, todo fué progreso, y ese esfuerzo lento, pero irresistible, triunfó en el siglo XIX. Desde entonces, no obstante, esa ralgange del progreso se ha escindido: no son más que los productores, los obreros y algunos intelectuales y artistas los que quieren marchar hacia adelante — el capitalismo explotador y parásito, llegado a una supremacía jamás soñada, disponiendo de todos los recursos del globo, no quiere más que detenerse y ha hecho la paz con el Estado y la Iglesia; ha subyugado a la aristocracia y tiene a su servicio lo que le hace falta de ciencia para los perfeccionamientos mecánicos y la nueva ciencia de matar, la del asesinato científico de las guerras próximas y hasta de las luchas sociales ya. Flaqueados por una parte por el fascista con su manguel, por otra por el científico del gas venenoso, los parásitos, capitalistas, Estado, clero y toda su escuela de cómplices y de víctimas obstaculizan ahora la vía del progreso que, después de todos los perfeccionamientos mecánicos de los últimos años, es ahora, en primer lugar, progreso social. Los elementos progresivos luchan seriamente por el progreso social que — nosotros estamos convencidos y ellos lo sabrán también — no puede ser más que la marcha hacia la libertad, el país de la anarquía futura, — esos elementos están cada vez más aislados, porque todo lo que es explotador y dominador se cristaliza cada vez más hoy en torno al polo capitalista. Pero existe esta ventaja muy grande, que la situación se

clarece más; aquí la reacción estancadora mantenida por la violencia siempre creciente de todos los fascismos — a la buena voluntad, buena fe, buena esperanza, aunque fuerzas todavía débiles para marchar hacia el progreso social, la dicha de todos, la libertad.

Conocemos todos la insuficiencia evidente del socialismo autoritario, bifurcado — no se sabe verdaderamente por qué — en socialdemócrata y en comunismo. Igualmente la organización económica de los trabajadores comprende, al lado de sindicalistas verdaderamente libertarios y revolucionarios, muchos matices autoritarios y reformistas que, en el fondo, difieren muy poco. Se observaría quizás al mirar de cerca, que los obreros organizados son en parte buenos socialistas, en parte indiferentes, organizados bajo alguna fuerza de las circunstancias y que son los jefes jerárquicos los que mantienen los matices, las divisiones, los odios mutuos y que sobre todo tratan de impedir que las ideas libres, la independencia intelectual no invada su dominio de organizados, su reserva especial.

Ha ocurrido, por lo demás, que frente a esa estrechez y mojigatería de los grandes partidos políticos y grandes organizaciones, no pocos elementos de algún valor se separan continuamente de esos ambientes y se ocupan de movimientos y de cuestiones especiales — especializaciones insuficientes y que llevan a menudo en sí el fracaso, pero que demuestran la impaciencia, el malestar de muchos hombres en los grandes organismos, demasiado grandes para tener una vida real y palpitable, e igualmente un esfuerzo, un trabajo cualquiera son siempre ejercicio más útil que la inmovilidad estólida, aunque fuese la del perfecto-organizado, del socialdemócrata-modelo.

En esos movimientos restringidos y disminuidos hay a menudo hombres que aspiran hacia la libertad, sin entreverla completamente todavía, como nosotros creemos entreverla. Tales ambientes practican la asociación voluntaria, el estudio y la crítica, la experimentación, entran en la esfera de los sentimientos, del humanitarismo, del arte y de la belleza, del florecimiento de las facultades latentes del hombre, del saneamiento de su cuerpo, de la liberación de su cerebro de tantos errores preconcebidos, etc. Todo eso es muy imperfecto, pero es infinitamente mejor que el embrutecimiento sistemático de los indiferentes por el pasto estrictamente anti-intelectual que los capitalistas y sus cómplices proveen, y mejor igualmente que el fanatismo estrecho fríamente cultivado del miembro del partido o sindicato reformista gobernado por su jerarquía.

Y más allá de ese medio que acabo de describir, no existimos más que nosotros, los anarquistas, fortalecidos por nuestra fe en el porvenir, pero, en mi opinión, demasiado poco una fuerza viviente que hiciera inclinar la balanza en esta época de recrudescencia de todo lo que es anti-libertario. ¿Qué hacer, pues?

II

Ante todo, me parece que cada uno de nosotros debería interrogarse a sí mismo hacia qué le llevan su inclinación y también su facultad; ante todo: amando la libertad, ¿se siente impulsado a realizar lo más posible por sí mismo o quiere ser en primer lugar artesano de la futura libertad social de todos? — Yo sé que una verdadera realización de la libertad individual es imposible sin la libertad de todos, pero sé también que las apariencias pueden dar un cierto aspecto de libertad que tiene ya atractivos para muchos hombres. Sé también que el espectáculo de una libertad cualquiera es útil y que así la liberación personal de un individuo puede tener el valor de un ejemplo seductor; pero si el individuo liberado carece demasiado de desinterés, puede producirse el ejemplo contrario y su ejemplo no tendrá más valor social. El que se siente simplemente modesto arte-

sano de la libertad futura es menos brillante, renuncia a muchas expansiones agradables, está contento de ser uno de los trabajadores oscuros de la primera hora.

Los temperamentos y disposiciones dividen a los anarquistas para ser más o menos lo uno o lo otro; raros son los que saben combinar felizmente y duraderamente los dos tipos — tan raros que no hace falta que se erijan o se declaren el tipo modelo, — y lo mismo los dos tipos con sus necesarios intermediarios, no deben creerse el uno superior al otro ni tratar de suplantarse recíprocamente: deben tolerarse mutuamente, ayudarse, completarse, cooperar donde es posible, ir cada cual por su camino sin mala sangre cuando no es posible ir juntos. Una lucha entre ellos es siempre fratricida. Todas las diferencias entre los anarquistas son pura pérdida, de importancia mínima muy a menudo y de efecto desastroso. Su origen está situado en la falta de simpatía entre los dos tipos descritos, en las imperfecciones inevitables inherentes a cada uno de nosotros que hemos sido educados todos en el sistema autoritario que dejó en unos rasgos un poco más fuertes, en otros menos. Cada uno, además, se entrega al movimiento con un grado diferente de intensidad, etc. Hagamos, pues, frente al enemigo común y no tiremos sobre nosotros entre camaradas — ¡es de tal modo absurdo!

No insisto sobre este punto, pero una cesación de todas las hostilidades entre anarquistas me parece la primera necesidad para preparar un esfuerzo serio contra la reacción. No rechazo la crítica, pero sí el carácter malvado de muchas críticas, la exageración de las divergencias, el deseo de tener razón o la última palabra, de aniquilar al adversario si se pudiera. Para mí es lo mismo que fulano piense esto o lo otro; si me desagrada demasiado no lo apoyo, no lo leo. El mundo es tan amplio, nosotros somos tan poco numerosos todavía: ¡por qué entredegaríamos tanto, devorarnos, destruirnos mutuamente, todo menos ayudarnos, idea que un cierto Kropotkin ha comprobado en otro tiempo activa en el menor animal y en el hombre primitivo, pero que parece extinguirse cuando algunos anarquistas son de opiniones diferentes?...

Deberíamos tanto más asociarnos todos, lo más posible, para una franca cooperación sin doblez, cuanto que la situación internacional general ofrecería grandes posibilidades, si se manifestase mundialmente el impulso de una renovación anti-autoritaria. Porque nunca se desvalorizó a sí misma tanto como hoy la autoridad por los crímenes y las brutalidades; nunca fueron tan impotentes el reformismo y el socialismo político, tan incompetentes; nunca se había hecho tan palpable la ineficacia de un socialismo impuesto y controlado desde arriba como el presente bolchevismo. Todo lo que es infestado por el virus autoritario se disgrega o no se sostiene en pie más que por crueldades sin nombre, de las que se habría espantado el siglo XIX en sus años de mayor reacción. ¿Quién heredaría, pues, de esta terrible situación? Sería la libertad, sería la anarquía si estuviera allí para recoger esa herencia. Para eso es preciso un esfuerzo razonado y por eso no entiendo algún arreglo premeditado, sino una mentalidad atenta, receptiva y una voluntad perseverante, dos factores que exigen un esfuerzo muy serio.

Vemos hoy, no un verdadero socialismo, sino una conciencia profunda de su explotación indigna por las clases dirigentes y por su cómplice, el Estado, bajo todas sus formas, conciencia que penetra a cada obrero. El descontento, la rabia sorda, el odio a ese parasitismo cada vez más desvergonzado, existen; lo mismo la comprensión de que no depende de la voluntad del pueblo el poner un fin a ese estado de cosas. Pero para eso haría falta la cooperación de los rebeldes y su primera condición sería la confianza. La vida es dura y melévol, se es siempre

engañado; tampoco el político y el jefe sindicalista, hombres de rutina, inspiran esa confianza ni dan ningún impulso. Entonces las masas tascan su freno, pero están ahí. Se recuerdan de sus raros instantes de poder, de la ocupación de las fábricas en Milán, de las semanas rojas de Barcelona y de Romaña en 1909 y 1914, de los molines en toda Italia, desde Foggia a Milán, en mayo de 1898, de ciertos días en que parecieron triunfar pero en que otros escamotearon los frutos de los trabajadores oscuros de la primera hora.

Me parece esencial pensar en esas posibilidades, porque una victoria anarquista inmediata universal y de conjunto me parece una ilusión absoluta. Si una mayoría anarquista fuera victoriosa localmente, encontraría una mayoría recalcitrante en el mismo lugar y mayorías hostiles en otras partes y sería forzada a combatir, a aterrorizarlas, a aplastarlas o a reducir las al silencio: ¿dónde estaría el bello ejemplo de la anarquía en esas condiciones de terror? Se embrutecería por esas luchas o sería aniquilada por sus adversarios. Si, en cambio, no se realizase la anarquía más que cuando hubiese mayoría, entonces más vale no hablar de ello; eso equivaldría a relegarla a un período indefinido e inimaginable en que todos los demás sistemas habrán estado en vigor y al mismo tiempo, milagrosamente, la idea anarquista se convirtió a su vez en mayoría! — Va a ser preciso, pues, contar con un período, la caída del capitalismo, mediante la eliminación de los parásitos y por la continuación de la vida social por los obreros y ayudas técnicas, que ya desde hace mucho hace posible esta vida, y la caída del Estado, es decir, la dispersión a los cuatro vientos de los funcionarios que, como los en otros tiempos capitalistas, harán en lo sucesivo labor útil igual que los demás. Esas dos liquidaciones tendrán lugar sin falta, la evolución tiende hacia ese objetivo tan rápidamente como en 1789 tendía a la liquidación del feudalismo y de la realeza en Francia.

Pero una vez hecho eso se trata de impedir la usurpación, el monopolio de un partido social, — se trata igualmente de impedir el devoramiento mutuo sucesivo de los partidos por la intriga parlamentaria. Se trata, pues, de no reiterar las luchas de 1789 a 1794 que terminaron en la guillotina, en la dictadura, en Napoleón III y en el imperio; las de 1848, que llegaron al 15 de mayo, a las masacres de junio de 1848 y pronto de nuevo a un Napoleón y al imperio; las luchas rusas a partir de 1917 que culminaron en la dictadura de Lenin y de sus sucesores, en la muerte, en el presidio para los otros partidos.

Se será preciso, pues, establecer por fin la convención, la coexistencia mutuamente garantizada de los partidos. Eso no es tan absolutamente quimérico, cuando se pone en ello buena voluntad. Incluso la representación política, los parlamentos han sufrido en no pocos países desde el simple sistema mayoritario a los diversos sistemas de representación proporcional. Incluso en el terreno donde la brutalidad y la codicia son tan fuertes, se comienza a establecer lo que se llama el derecho de las minorías. En religión el siglo XIX ha establecido la libertad de

particular del socialismo — como el que usurpó el bolchevismo en Rusia — no volverá a ser tolerado.

Particular del socialismo — como el que usurpó el bolchevismo en Rusia — no volverá a ser tolerado. Me parece esencial pensar en esas posibilidades, porque una victoria anarquista inmediata universal y de conjunto me parece una ilusión absoluta. Si una mayoría anarquista fuera victoriosa localmente, encontraría una mayoría recalcitrante en el mismo lugar y mayorías hostiles en otras partes y sería forzada a combatir, a aterrorizarlas, a aplastarlas o a reducir las al silencio: ¿dónde estaría el bello ejemplo de la anarquía en esas condiciones de terror? Se embrutecería por esas luchas o sería aniquilada por sus adversarios. Si, en cambio, no se realizase la anarquía más que cuando hubiese mayoría, entonces más vale no hablar de ello; eso equivaldría a relegarla a un período indefinido e inimaginable en que todos los demás sistemas habrán estado en vigor y al mismo tiempo, milagrosamente, la idea anarquista se convirtió a su vez en mayoría! — Va a ser preciso, pues, contar con un período, la caída del capitalismo, mediante la eliminación de los parásitos y por la continuación de la vida social por los obreros y ayudas técnicas, que ya desde hace mucho hace posible esta vida, y la caída del Estado, es decir, la dispersión a los cuatro vientos de los funcionarios que, como los en otros tiempos capitalistas, harán en lo sucesivo labor útil igual que los demás. Esas dos liquidaciones tendrán lugar sin falta, la evolución tiende hacia ese objetivo tan rápidamente como en 1789 tendía a la liquidación del feudalismo y de la realeza en Francia.

Pero una vez hecho eso se trata de impedir la usurpación, el monopolio de un partido social, — se trata igualmente de impedir el devoramiento mutuo sucesivo de los partidos por la intriga parlamentaria. Se trata, pues, de no reiterar las luchas de 1789 a 1794 que terminaron en la guillotina, en la dictadura, en Napoleón III y en el imperio; las de 1848, que llegaron al 15 de mayo, a las masacres de junio de 1848 y pronto de nuevo a un Napoleón y al imperio; las luchas rusas a partir de 1917 que culminaron en la dictadura de Lenin y de sus sucesores, en la muerte, en el presidio para los otros partidos.

Se será preciso, pues, establecer por fin la convención, la coexistencia mutuamente garantizada de los partidos. Eso no es tan absolutamente quimérico, cuando se pone en ello buena voluntad. Incluso la representación política, los parlamentos han sufrido en no pocos países desde el simple sistema mayoritario a los diversos sistemas de representación proporcional. Incluso en el terreno donde la brutalidad y la codicia son tan fuertes, se comienza a establecer lo que se llama el derecho de las minorías. En religión el siglo XIX ha establecido la libertad de

RUDOLF ROCKER

De la maldición del practicismo

Y algún poderoso que quiso marchar bien con el pueblo, nació ante su corcel — un borriquito, un afamado sabio.

F. Nietzsche.

Todavía continúa teniendo actualidad la pequeña y bonita historia que nos contó Gorki: "Del pájaro carpintero que amaba la verdad y del embustero verdorón". Pero el poeta habría podido titular su historia, y tal vez más acertadamente: "Del práctico pájaro carpintero y del impráctico verdorón", sin que por eso hubiera sido forzado a cambiar una sola palabra del relato. Pues el pájaro carpintero era realmente el sabio práctico y el pequeño verdorón pardo, un utopista incorregible, al que atravesaban el alma sueños de poeta y en el cual el anhelo tembloroso se transformaba en canción.

Por eso cantaba el pequeño verdorón, apenas sin darse cuenta. Cantaba porque no podía menos de cantar, porque se le calentaba el cuello y el alma tenía que librarse de su superabundancia. Cantaba sobre la aurora de una nueva vida, sobre una lejana dicha que sólo podía obtenerse en la lucha.

cultos, la exclusión de una dominación espiritual por una sola iglesia. La libertad de la enseñanza, la de la ciencia, la del comercio son otros precedentes. ¡Por consiguiente, habría como para desesperrarse de todo, si hubiera que decir que sólo el socialismo — que tiende precisamente a fundar y a cimentar la solidaridad humana — sería en manos de los ambiciosos y de los fanáticos el regreso a la uniformidad, al sistema único, mantenido por la fuerza, y que desprecia y pisotea toda otra concepción social!

La política ha tenido sus dos Bonapartes y otros fanáticos de la usurpación absoluta hasta los diversos Mussolini de nuestra edad *fin-de-politique*; el socialismo ha tenido sus usurpadores espirituales, Marx, y materiales, Lenin — unos y otros son igualmente peligrosos, antihumanos, antisociales. La humanidad política y social se apartará de ellos, hacia la sociabilidad, la convivencia. El puesto de la anarquía no puede estar con la usurpación: será generalizada, universalizada un día — esperémoslo — pero será un fin, un objetivo realizado espontáneamente, no existirá en el comienzo (valdría tanto como esperar que saldrá del vientre de la madre un hombre crecido y no un niño). Todo eso es preciso decirlo, y muy altamente. Es preciso también reconstruir la mentalidad de la

RESPUESTA DE M. BUENACASA

I

La reacción autoritaria: He aquí el problema más grave y agudo de cuantos el anarquismo está obligado a resolver sin demora. El problema en cuestión, es sin duda alguna el que más afecta al corazón del anarquismo por cuanto prácticamente se demuestra que ataca la entraña y el fundamento de nuestra base ideal: la libertad.

No entramos a discutir los motivos del actual recrudescimiento de la reacción autoritaria, con toda su escuela de represiones y atentados al libre desarrollo de las propagandas y prácticas libertarias; no es tal el propósito que nos anima al escribir este trabajo. Digamos no obstante, aunque alguien nos tilda de demasiado optimistas, que la entronización, por parte de los Estados del viejo y del nuevo mundo, de los métodos represivos que ya parecían olvidados y en desuso en los años que precedieron a la gran guerra, tienen su justificación en los determinismos de todo orden legados por la horrosa conflagración.

La idea de la defensa nacional echó por tierra, anulándola brutalmente, la mayor parte de las teorías que fueran, hasta el año 1914, la razón de ser de los

partidos y escuelas políticas disconformes *literariamente* con las prácticas de los Estados que provocaron la guerra. Las mismas ideas de los socialistas de Estado, atentas al principio estatista de que a los postulados de humanidad, se derrumbaron estrepitosamente, perdiendo sus esencias, hasta cierto punto universales, y pasaron, con todo su bagaje autoritario, a formar corriente común y amalgamada en los cauces del estrecho canal burgués y nacionalista. Las uniones sagradas fueron cosa hecha y los resultados — al fin de la catástrofe los hemos notado — fueron los que todos los hombres libres habíamos previsto: reacción brutal, recrudescimiento del principio autoritario, anulación de las preceptivas legales que consagraran las democracias en cincuenta años de parlamento y de motines y por fin la aparición de la dictadura y del retorno al absolutismo de los poderes personales.

Afirmemos, sin embargo, que el progreso no puede estancarse eternamente y que todo el recrudescimiento de la reacción autoritaria que actualmente somete a los pueblos, no pasa de ser un accidente histórico, muy lamentable y perjudicial para el desarrollo de las libertades huma-

Los otros pájaros en el bosquecillo enmudecían poco a poco y escuchaban la canción jubilosa. Hasta que descubrieron que era sólo un verdorón el que cantaba así. Entonces les invadía algo así como un desencanto. Si, si hubiera sido un águila, pero un verdorón — ¡cómo es posible!

Pero el pequeño verdorón, a quien ponía en tensión el más ardiente anhelo, no enmudecía, y del corazón sangrante salían tonos cada vez más profundos, ansiedad cada vez más ardorosa hacia aquella lejanía azul, donde se levanta, de las olas purpúreas del mar, la nueva tierra legendaria. Creer es preciso, creer en uno mismo, después que se ha dudado tanto de sí — creer, creer hasta que el tiempo se cumpla.

Se posa levemente en los corazones del tropel emplumado como un lejano presentimiento, y de ocultos rinceos sube ardiente anhelo hacia una lejana dicha.

Entonces aparece con prudente pausa el pájaro carpintero, un señor anciano que "vive de gusanos y ama la verdad". A él no hay que irle con tales canciones, pues es un tipo completamente práctico que parte siempre de hechos concretos. Y demuestra al honorable público de la mano justamente de esos hechos, que el verdorón miente cuando canta a un lejano país de la realidad.

"Quede siempre en el terreno de los hechos prácticos, honorabilísimo. La iniciativa irreflexiva no ha llevado todavía nunca a buen fin. ¿Cómo están las cosas en la realidad? Allí donde cesa el bosque hay un campo, tras el campo una aldea".

Aquí calló el carpintero un momento para aumentar la tensión de sus oyentes, luego, con una mirada

significativa al verdorón, continúa su discurso: "En aquella aldea habita Griselcha, el cazador de pájaros. Esa es la primera estación en el camino hacia el país del ensueño. Tras aquella aldea comienza con toda probabilidad nuevamente un bosque y luego nuevamente un campo, una aldea, etc., etc. Y como la tierra, según se sabe, es redonda, si siguiésemos la exhortación del señor verdorón y hubiéramos escapado a todos los peligros que nos amenazan, volveríamos finalmente al lugar en que ahora nos encontramos. ¿Por qué, pues, ese ruido, señores?"

La encantadora embriaguez se disipó. Se sintió irritación por haberse dejado seducir y, además, "por uno como ese". Luego lanzóse un par de palabras mordaces a la cabeza del verdorón y se alejaron precipitadamente. El carpintero había vencido, vencido en toda la línea.

¡Oh, esos carpinteros! ¡Esos calculadores discretos, ingeniosos, que están siempre llenos de sabiduría y mienten de la manera más desvergonzada cuando dijeron alguna vez, por descuido, la verdad! Trillan siempre los mismos y viejos caminos que pisaron para ellos viejas generaciones, y se burlan de los locos que dirigen su barquichuelo por mares desconocidos a fin de encontrar al otro lado de los greses desiertos de agua la verde orilla que les encanta en el sueño.

Y cuando los atrevidos son devorados por la tempestad o su barquito se estrella en escollos perdidos y sus ruinas son arrojadas a la vieja playa, entonces el carpintero ve llegada su hora propicia para razonar. El ha sabido que tenía que ocurrir eso, pero, al que no quie-



Un tomo en rústica, \$ 1.20
 Edición especial, papel pluma . . . 2.00
 " " encuadernado en tela . . . 3.50

nas, pero que fatalmente ha de desaparecer por error fundamental de su propia inconsistencia y ante la disconformidad o el empuje fatal de las fuerzas del progreso.

Todo lo que ocurre, pese a los platónicos, a los secuaces del pesimismo y a los fatalistas, no supone — aunque las apariencias y los hechos parezcan demostrar otra cosa — que las teorías del Estado se hayan fortalecido, sino todo lo contrario.

Si los Estados del mundo entero hubiesen salido bien librados — tanto como ellos suponían ante el derrumbe de las instituciones socialistas, marxistas y sindicalistas — de la gran contienda, a buen seguro que no habrían recurrido a los procedimientos que, anulando las flojeces democráticas, nos han conducido al estado actual de cosas.

Más claro aún: Los Estados, débiles de por sí antes ya de la guerra — y sus concesiones a los pueblos demostraban esta debilidad — han salido más debilitados aún y sobre todo desprestigiados de la horrible prueba.

La idea de una transformación radical de la sociedad tomó cuerpo, como nunca, en el alma colectiva de los pueblos.

Y ante el temor del estallido que la preparación adecuada podía llevar a vías de hecho en plazos muy próximos, los gobiernos no encontraron otra salida pa-

ra impedir su derrota que el procedimiento medioeval, el sistema antiguo de la imposición por los medios de violencia. Vemos, pues, que los Estados en su agonía no hacen más — pues que ofender no pueden — sino ponerse a la defensiva con el fin de desviar, retardar o entorpecer ya que no impedir la acción popular en sus ansias radicalmente transformadoras.

Los Estados son hoy más débiles que ayer: la teoría de que los fuertes no precisan de la violencia para mantener sus posiciones, es muy lógica a nuestro juicio. Es, pues, porque no se creen fuertes los Estados, por lo que recurren a la violencia para subsistir lo más posible, aunque sea artificial y aparentemente. Hay Estados que ya viven hoy de modo tan artificial y absurdo — tal como los del Occidente europeo — que necesitan mancomunarse entre sí y aun requerir la ayuda de los más débiles para no hundirse por sí mismos. Son tan raquíticos que bastaría un pequeño empujón para sepultarlos. Pero el empujón no lo da nadie. ¿Por qué?

La revolución social, la única revolución en que hoy creen los pueblos, después de tantas y tan menguadas revoluciones políticas que de nada sirvieron, como los hechos actuales demuestran, es una revolución que no puede ser limitada a una sola nación ni siquiera a un grupo de naciones. Precisa que el alcance de esa revolución se extienda a todos los continentes o por lo menos a uno de ellos, al más oprimido. De otro modo el esfuerzo sería estrangulado o restaría improductivo e ineficaz.

Se hace necesario por tanto, y urgente, — aprovechando todas las disponibilidades que todavía no han sido destruidas por la actual reacción autoritaria — que los anarquistas del mundo entero formen, por encima de todas las diferencias de apreciación del problema que quieren resolver, una alianza sólida e independiente; que afirmen sus máximas aspiraciones sobre los anhelos liberadores de los pueblos; que estrechen y extiendan su relación de una a otra comarca, de una a otra región, de uno a otro continente; que preparen sin precipitaciones y pulimenten la conciencia de cada pueblo en vistas de un próximo, definitivo y salvador esfuerzo anárquico. Y como en este sentido de las relaciones entre los componentes de la familia anarquista, se habló mucho y se hizo muy poco, ha llegado la hora de entrar de lleno en el terreno de esta acción.

Aparte Congresos y Asambleas, tan costosos y poco eficaces por lo regular, lo más práctico ahora y siempre ha de ser que un organismo, cualquiera, tome a su cuenta con carácter permanente la iniciativa de convertirse en el centro receptor

y transmisor de las aspiraciones comunes, realizando los referendums necesarios, recogiendo y lanzando iniciativas, generalizando la discusión de todos los problemas, acoplando los que teóricamente resuelvan la mayoría a fin de aconsejar y coadyuvar, por el esfuerzo del común acervo, a la realización práctica de todo lo acordado.

Este es el medio más eficaz, en principio, para preparar "el esfuerzo anárquico internacional" que provoque el hundimiento de la reacción autoritaria.

El procedimiento para realizar la operación, no creo que pueda señalarse ni hacerse público en un trabajo periodístico. Sería ello demasiado infantil. Bueno será también hacer constar que, para terminar con la reacción autoritaria, se hace preciso acabar igualmente con la autoridad y con el principio de autoridad. Y esto sólo puede ser logrado — téngase en cuenta que la autoridad es de por sí misma reaccionaria — mediante la obra persistente, tenaz, ordenada y extendida a todos los sectores del pueblo, de la propaganda y de la acción anárquica.

El esfuerzo demandado en la escala internacional para dar fin a la reacción autoritaria, no puede ser otro que la revolución social, por lo que, sin método ni programas, el pueblo, estimulado por las instituciones libertarias, haga y deshaga todo cuanto le venga en gana hasta la implantación de regímenes nuevos surgidos del libre acuerdo de los pueblos mismos.

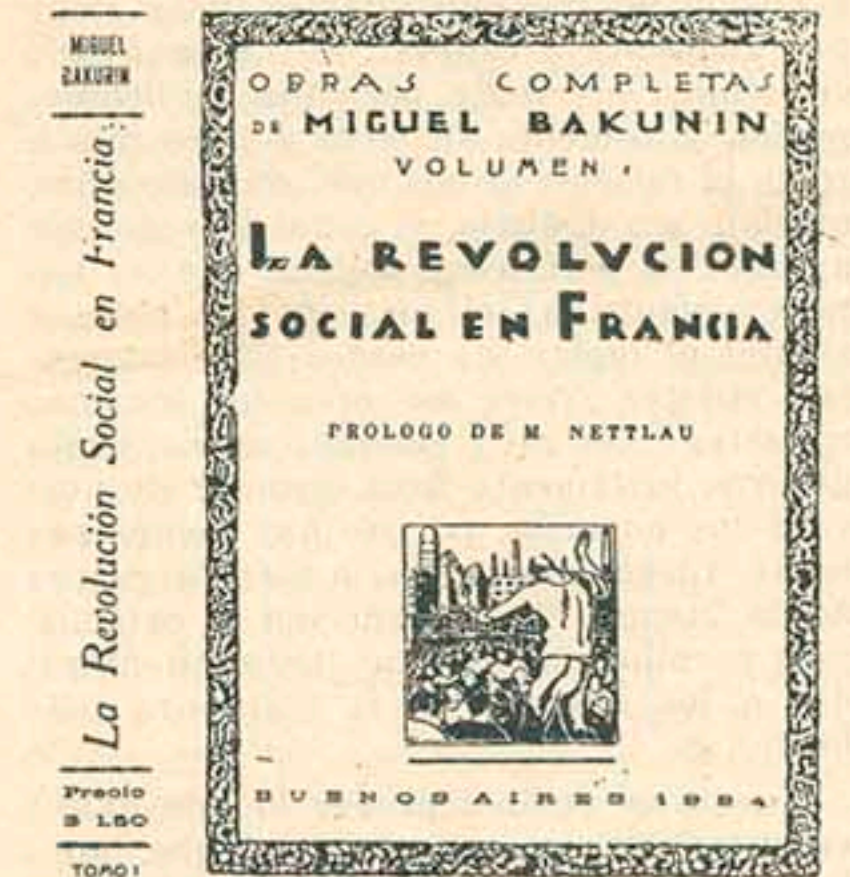
Ahora bien; si los que han puesto a discusión el tema que nos ocupa pretenden solamente determinar los grados de ayuda necesarios y las condiciones requeridas para salvar a los pueblos del extremo occidente europeo, Italia, Portugal, España y a los del centro y norte, Hungría, Polonia, Rusia, etc., de las dictaduras que hoy sufren ello es otra cosa. Pero no creemos que se trate de esto, ya que para conseguir este simple objetivo, se haría necesario movilizar los métodos violentos de todos los pueblos sin distinción de Europa y América. Lo que supondría en realidad el desencadenamiento en ambos continentes de la revolución social. Así, pues, nos mantenemos firmes en el primer punto.

Relación estrecha, propaganda a todos los vientos, profunda y extensa, sin discutir demasiado, en público, la táctica a emplear para provocar el estallido; preparación de la conciencia colectiva con vistas bien determinadas a la transformación completa de todos los estamentos políticos y económicos, hacia la anarquía y el bien.

He aquí a grandes rasgos lo que urge hacer para poner término a la reacción autoritaria, al reinado de la Autoridad. Una conferencia panamericana anarquista y otra europea deberían celebrarse prontamente al efecto de designar en uno

y otro continente los dos centros de relación para la obra de la propaganda y la preparación revolucionaria en todos los países. Pero, por el momento, surja en América ese grupo de entre los mil que hay constituidos, que tome a su cargo la iniciación seria y tenaz que lleve a cabo las iniciativas que surjan en continua relación del seno de las agrupaciones libertarias y de las organizaciones obreras que sostengan la tendencia anárquica.

Nuestra opinión está expresada. No diferirá gran cosa de la que otros camaradas expongan. Vayamos, pues, a la realización de nuestros objetivos, antes de que sea demasiado tarde.



En rústica, \$ 1.50; en tela, \$ 3.50.

LEA: IDEARIO, por R. Mella

Primer tomo de las obras completas. Un volumen de 330 páginas en 8º mayor. Con prólogo de JOSÉ PRAT

En rústica . . . \$ 2. —
 Encuader. en tela . . \$ 3.50

Se vende en esta administración

En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 \$

re dejarse aconsejar, no se le puede socorrer. El que va al peligro peca en él. ¿Qué tenían que buscar allá afuera, cuando se les dijo tan a menudo que el agua no tiene vigas? Eso ocurre cuando se menosprecia el consejo de gentes experimentadas y se burla uno de todos los hechos prácticos. ¡Cuántas veces se intentó convencerlos de la irrealizabilidad de su proyecto!, pero no quisieron que se perturbara su círculo y echaron al viento toda advertencia bien pensada.

Pero cuando un atrevido argonauta, sin embargo, consigue un día llegar con la quilla de su barquito a una lejana costa y abrir a los hermanos del viejo mundo un nuevo dominio de la vida, no por eso los pájaros carpinteros salen de sus casillas. Que allá lejos debía haber tierra, eso lo sabían ellos hacía tiempo y lo dijeron siempre, y si finalmente se descubrió, fué mérito exclusivo suyo, que no se dejan empujarse por nadie. Hacer el viaje hasta allá, — eso podía hacerlo cualquiera en último resultado. No se necesitaba más que marchar derechamente hasta dar con las narices en el otro lado.

Vaya un argumento, buen dios; tal o cual navega en alguna dirección — en su mayor parte sin sentido ni razón. Y cuando el azar le arroja una vez a una costa extraña, ¿por qué tanto aspaviento? También un cerdo ciego encuentra alguna vez una bellota.

Por lo demás, con el descubrimiento no está hecho, ni con mucho, todo. Hay que volver a medir la tierra nueva según los modelos acreditados, hay que jalonearla, registrarla y organizarla prácticamente. Hay que hacer de ella algo utilizable. Existe bastante que hacer para las gentes prácticas y experimentadas. Y los pájaros carpinteros no se hacen esperar mucho. Examinan todas las

cosas con gesto de importancia, hacen una cantidad de sabias observaciones y lo ordenan todo con fina pulcritud, de manera que hasta en la obscuridad se puede cazar mano. Es su mérito si el nuevo mundo se parece tan idénticamente al viejo, como un huevo al otro.

Y cuando la vida entera es nuevamente presionada en determinadas formas y ordenada rigurosamente, de manera que la tierra nueva huele por todos los poros a formas prácticas, se regocijan los pájaros carpinteros y se vanaglorian de sus éxitos. Pero en el corazón del individuo arde nuevamente el viejo anhelo y los incita a ir más allá—hacia los oscuros abismos de nuevas auroras.

¡Oh esos pájaros carpinteros! Se encuentran en todas partes donde un anhelo agoniza, donde son acuñados los ideales en pequeña moneda y donde el impulso ardiente es sofocado en el pantano de la cotidianidad. Y sin embargo su famoso "practicismo" no es más que una mentira y su "experiencia" no es más que un aborto del espíritu. Han repetido siempre la vieja sabiduría de fonógrafos, han organillado siempre de nuevo las mismas muertas fórmulas y aparte de ellas nada aprendieron de la historia y nada olvidaron. Afirman siempre con vanidosa presunción que están en el buen camino y se mueven siempre, sin embargo, como ciegos en el círculo.

Nunca han abierto a los pueblos nuevos senderos del conocimiento; al contrario, su limitación pueril ha roto las alas a todo nuevo anhelo, cayó siempre cobardemente sobre los luchadores e impulsores en cuyos corazones ardía el fuego del entusiasmo y atrancaron toda salida con "principios prácticos".

Siempre que nació una nueva idea en el pueblo, citaron los pájaros carpinteros de inmediato el carro mortuario y concertaron todos los preparativos para el entierro. Su prudente practicismo y su llamada experiencia no estimularon nunca en lo más mínimo aspiraciones ideales procedentes del pueblo, aunque pretendían servirle; pero les han privado del espíritu viviente, del impulso fogoso y de aquella fe invencible en la victoria de una causa que es la única que puede conquistar el mundo a una idea.

Nunca consiguieron provocar en los pueblos aquel espíritu que madura hechos y obliga a los hombres a romper tras sí los puentes que los unen al pasado. Siempre estuvieron dispuestos a chalanear los ideales por un plato de lentejas y ningún pálido respeto les impidió traicionar por treinta dineros la tierra de promisión.

Su practicismo había consistido hasta aquí en el achataamiento de las ideas, en el estrangulamiento de los grandes anhelos en el seno de las masas, que fueron siempre portadoras de todo verdadero progreso en la historia de la humanidad. Siempre han confundido el contenido con la forma y sacrificaron la calidad a la cantidad. Para obtener "éxitos" efímeros, han manchado todo pensamiento y sentimiento ideales con la baba de su escarnio mezquino; ni siquiera advirtieron que sus supuestos éxitos fueron conquistados a costa de ideas y que las masas fueron apartadas más y más de su finalidad originaria.

Su "practicismo" ha doblegado su espíritu y envejecido su alma. Creyeron edificar, pero no izaron su bandera más que sobre miserables toperas. Se aferraron siempre a las exterioridades, aun a costa de dejar sumergir por eso el espíritu de una causa. Así se convirtieron pau-